

Extracto de las palabras
pronunciadas a modo de pregón
en el Mercáu La Caleyá (La Pola),
2 de marzo de 2106,
por Xulio Concepción Suárez

1

*"¿Dices que nada se crea?
Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa y no te importe
si no puedes hacer barro".
(Antonio Machado)*

El Mercáu la Caleyá: aconceyamientu y solidaridá vecinal

Resulta gratamente primaverál comprobar, un añu más, que unos cuantos jóvenes siguen actualizando la costumbre inmemorial de un mercáu en un pueblu asturianu. Por eso, agradezco a José María y collacios en la estaferia, que me hayan invitado a decir cuatro cosas sobre una actividad asturiana que, no por tradicional, deja de ser de presente y de futuro. Quiero agraece, lo primero, a estos mozos y mozas tantas horas dedicadas a una actividad comunal desinteresá, que va a menos en los pueblos del milenium, entsurdiados en la redes y en las garras de tantu wasap y de interné.

Y agradecer a todos aquella y aquellas la sana costumbre del trabayu por los demás, como antes en las estaferias, las esquisas, las esfueyas, que nos permiten a nosotros hoy presumir de buenas costumbres, pero que a veces practicamos muy poco. Gracias a ellos y a ellas, y gracias a todos los que colaboráis desde muchos pueblos, podemos saborear por unas horas la vida milenaria asturiana con los cinco sentidos: el sabor de unas casadietsas, al aroma del pan d'escanda, los tonos y colorinos de los texidos a mano, el picorín del quesu de tantos puertos, o el suave tacto y el sonido silencioso de las madreñas de abidul o de nozal.

Un mercao con muchos siglos detrás

En fin, la sana y solidaria costumbre de los mercaos en los pueblos de montaña. Pues no sólo tendría que haber un mercao al añu, sino, como antes, cada semana. Porque, si no compráramos tantos productos con tantos km de viajes y de barcos por el medio, tal vez entonces, el paisaje de los pueblos sería otu: se aprovecharían mejor los recursos del monte; la xente más nueva (ellos y ellas, los otros emigrantes) tendrían trabayu en esa imprescindible cadena agrícola, ganadera, artesana, industrial. El sano equilibrio de los pueblos más desarrollados, ahora con las comodidades informáticas añadidas. Productos km Cero –que dicen los más técnicos: es decir, lo que se produce en los pueblos y conceyos de alreor; los que salen de las cortinas y las irías, sin más potingues que el cucho y el compost de toa la vida (felichu, fueya y borrones de meruxa p'abonar).

Porque es el mercao, en buena parte, el centru que mueve la vida de un conceyu, de una región, de un país: el lugar de los intercambios, comunicaciones y productos, mucho antes que los grandes centros comerciales, a los que ya se pide el carrín desde el sillón

de casa sin quitase del móvil o del ordenata. El mercao yera, además, la cita sin prisas para la convivencia y los acuerdos, tan necesaria en estos tiempos estresaos (y tan politizaos) del milenium. Ya lo veía venir hasta el mismo rey Alfonso X el Sabio que dejó su marca en La Plaza cuando fundó La Pola. Él escribe así del mercao en su famosa Carta Puebla (1266):

“E por les fazer mas bien y mas merçed dámosles mercado e mandamos que lo fagan cada lunes en esta puebla sobredicha, e todos aquellos que y vinieren mandarnos que vengan saluos y seguros con todas sus mercaderías, e defendemos que ninguno non sea osado de los embargar ni de los contrallar ni de quebrantar el mercado en ninguna manera dando sus derechos aquellos que a él vinieren allí”.

Es decir, ya van caso ochocientos años, el mercao era visto como fuente de desarrollo rural: *agroubano*, que se dice ahora. Porque el día de mercao se concentraban todos los productores de los pueblos al servicio de las villas y las ciudades, de forma que unos colaboraran con los otros en verdaderu sentido comunitario: aconceyaos por el trabajo y el arte del ingenio y de las manos. Unos, a ofrecer; otros, a colaborar comprando.

Hasta se habla hoy de güertos urbanos, huertos escolares, fitoterapia, hortoterapia contra el estrés: las sanas costumbres rurales, a las mismas puertas de las ciudades, las avenidas y las catedrales. ¡Quién lo diría! El arte de seguir viviendo un poco más sanos en este milenium digital, donde parece que se globaliza más el miedo y la injusticia (la estrategia de unos cuantos) que el buen humor, las sabrosas fayuelas, las pegaratas, el pan d'escanda y el trabajo para todos. Las antenas de interné tampoco se globalizan tanto: en muchos pueblos ni siquiera llega la línea, mientras las mesas de los diputaos tienen toas el aparatín bien actualizáu, aunque sólo sea pa xugar al Candy Crush.

El arte de la palabras, artesano y artesana

Pero, el casu ye que sigue habiendo mercaos, artesanías y artesanos. Y como en el comienzo de casi todo están las palabras, no hay más que recordar el sentido original de cualquier tipo de arte: los romanos llamaban *artem* (*ars*, *artis*) simplemente al 'talento, la habilidad, la capacidad para hacer algo'; luego, se iría aplicando en los romances medievales al 'oficio, profesión, ciencia, técnica, saber, saber hacer'.

Por tanto, mucho antes que a los artistas consagrados (Miguel Ángel, Salvador Dalí, Antoni Tàpies..., lo mismo da), la palabra artesano incluía a todo aquel y aquella que sabía hacer algo con las manos. Por algo seguimos llamando *Arte paleolítico* a las rústicas pinturas que grababan los prerromanos de hace más de 30.000 años; aquel Arte parietal, hasta pintado y todo en las paredes de las cuevas; *Arte rupestre*, por las mismas razones: lat. *rupes*, 'roca escarpada, peñasco'.

Porque el arte está en las manos

Nunca olvidaré una muy grata visita a los yacimientos burgaleses de Atapuerca, donde me aclaré para siempre el sentido de la palabra artista. En una de las charlas tan didácticas dirigida por una agradable, experta y sabia monitora (muy espiricá ella), nos hacía una pregunta:

¿Saben ustedes por qué los humanos del Paleolítico tenían la obsesión de pintar las manos extendidas, abiertas con los cinco dedos bien esparcidos, en las paredes de las cuevas?

Pues por una razón muy simple –nos explicó muy gaysapera de forma tan didáctica y sencilla: porque ellos creían que su cerebro, su inteligencia, su capacidad de pensar estaba en las manos; y, así, pintándolas les daban magia, suerte, para seguir cazando los animales que pintaban con la fuerza de la mente; es decir, con la sabiduría de las manos.

Y no estaban lejos de la verdad: saber es saber hacer; si se sabe mucho, pero no se demuestra (si no se sabe hacer), de nada sirve a nadie. Y, si las manos, eran, y siguen siendo, los instrumentos para hacer lo que se sabe, nunca mejor idea que la de los paleolíticos: si hacemos algo, es porque las manos lo demuestran. En otro caso, nadie va a notar sabiduría alguna.

La zona artesanal –que dicen los franceses

Por eso, el arte parietal significa, en su acepción primera, el origen del verdadero artista, el artesano. Sólo hay que pasar la frontera a Francia y empezar a leer en los carteles de carretera: “Zona artesanal”. Y pasas unos cuantos letreros y km, y ya te empieza a mosquear de que haya tantos artesanos tan xuntos, si no ves tiendas, exposiciones por ninguna parte.

Pues nada más lejos de las apariencias que anuncian los letreros: la zona artesanal es la expresión romance (romana auténtica) mejor conservada de la palabra: la zona industrial, la de las grandes chimeneas y las nuevas tecnologías. La Ciencia transformada en Técnica con los sucesivos ingenios, herramientas y mecanismos que lograron los inventos en toda la historia francesa, que ya son unos cuantos. El arte del ingenio, siempre actualizado con las nuevas tecnologías del momento: primero, la agricultura; luego, la industria.

Porque el arte no sólo está en las manos de los artistas que redujeron la palabra de forma tan parcial: el arte de Miguel Ángel con el cincel, o el de Dalí y Tàpies con las paletas y los pinceles; hay mucho ingenio también en las manos de un madreñeru pa facer aquellas madreñas impecables (pa homes y pa muyeres); o de una texeora pa texer aquellos refaxos y cobertores de tantos colorinos, que facían, y siguen faciendo, las artesanas hoy.

Porque, a fin de cuentas, ¿quién ye más artista? caún nel so oficiu, claro

Para responder, habría una prueba muy fácil, que solucionaría cualquier de los artesanos o artesanas del Mercáu aquí presentes: “bien, nosotros, nosotras nun sabemos, nun podemos tallar como Miguel Ángel, ni pintar como Dalí. Pero que vinieran aquí estos señores, a ver si ellos podían facer un par de madreñas a ojo, como el madreñeru; o un refaxu con el encaje de bolillos y los dibuxinos perfectos de la texeora que está al lláu.

Y ¿Quién ye más artista, entonces? Pues, por lo visto, y por lo que dice la palabra, los dos: porque, ciertamente, el arte (sin más clasificaciones ni clasismos con la palabra), no se mide por los cuartos que produce. “Solo el necio confunde valor y precio” –decía Antonio Machado. Según la misma palabra, ya desde los tiempos romanos y prerromanos, el arte está en el ingenio de las manos. Saber sólo es saber hacer, como demostraron aquellos artistas paleolíticos de Altamira o Tito Bustillo, por ejemplo.

Y como demostraron por tantos siglos tantos artesanos y artesanas de los pueblos que acudían a los mercaos de cualquier conceyu con sus creaciones de la semana: los madreñeros, los ferreros, los cesteros los, los zapateros, los albarderos, los xastres...; y las filanderas, las texeoras, las costureras, las pantaloneras, las reposteras, las mantegueras, las molineras, las recaeras, las pescaeras... Los curanderos y curanderas, los cacharrereros y cacharrereras, los panaeros...

Muchos artistas muy diversos animaban los mercaos

Ya en los mercaos de antes, tampoco faltaban los otros artistas del humor y de la crítica, de la creación literaria y de los xuegos: eran los juglares con sus coplas de ciego y sus pliegos de cordel, para informar de las noticias de otros pueblos (nun había entonces radio, nin tele, nin prensa diaria), criticar un poco a daquién (como a los políticos de entonces, a los señorones de turnu); y al tiempo intrigar un poco a la xente. Había que divertir tamién, y metese con quien ficiera falta, si a casu, como arrecueyen tantas coplas:

*“Al señor cura del puertu
capáimelu capaores,
que cunfiesa las muyeres,
debaxu los cubertores”*

Pero había pa unos y pa otras, sin distinciones:

*“Trai la molinera
ricos collares:
y el probe molineru
nun trai dos riales”*

O aquella otra que lamentaba un probe juglar de pasu, que arriba y abaxo animaba con sus canciones el mercáu, pero que nun sólo podía vivir del aire y de las habilidaes de los deos sobre la flauta o la zanfona. Y así se quexaba el probe ciego al final de la xornada:

*“Soy Alvarín el de Gorra
todos me mandan tocar,
pero nun hay quien me diga:
Alvarín entra a cenar”.*

El arte de la localidá (l'art de la localit  –que dicen los franceses).

En fin, un mercao de artesanos con sus saberes milenarios, sigue siendo el ejemplo de una parte del desarrollo local; si se aprovecharan tantas materias primas hoy despilfarradas para el consumo humano, habría menos incendios: los agricultores trabayarían las tierras pa semar; los carpinteros, la maera... Y los jóvenes más tecnificaos transformarían hasta los gorbizos, los artos y los peornales intransitables, en lo que ahora llaman *biomasa* (pa nun tener que comprar hasta la tseña pa encender el fuíu, vamos).

Y, sobre todo, pa que unos cuantos espabilaos y espabilás (*barberas o barberás, barciales o bárcenas*, lo mesmo da) no se sigan forrando tanto a cuenta de los que nun llegan ni a mileuristas, nin dientro, nin emigraos a la fuerza más allá de estas montañas. El arte de lo local, la agricultura de proximidad; la industria de transformación como remate

de la cadena: en definitiva, la ecología en el sentido original de la palabra; el estudio equilibrado para el aprovechamiento del medio, lo único que tenemos delante. Y para no convertir el llamado Paraíso Natural, en simple *Paraíso Matorral* –que dice Jaime Izquierdo.

Termino agradeciendo vuestra presencia en el mercáu, con la colaboración de estos xóvenes a la antigua usanza de las esquisas y estaferias de siempre. Que sigáis facendo por muchos años fayuelas y casadietsas, y texendo refaxos, ilusiones y nuevos proyectos.

Xulio Concepción Suárez,
La Caleyá, en primavera 2016